

## MAUPASSANT Y JEAN LORRAIN

Por *Thierry RODANGE*  
Universidad de Rouen.

### Un olvido injusto

“Nadie es profeta en su tierra”; no hay mejor ejemplo que Maupassant para invalidar ese viejo refrán. Maupassant ha sido honrado, como merecía, en el centenario de su muerte, incluso más allá de las fronteras de Normandía. Por el contrario existe otro literato que, por sacrificarse a una formulación poco trivial, ha debido revolverse más de una vez en su tumba este año, si no lo hubo hecho ya desde tiempo atrás, y por otras razones....

Nos alegramos de los homenajes que Normandía, y más especialmente la ciudad de Fécamp, ha rendido a Maupassant en 1993; los eventos se han hecho eco de su notoriedad y han permitido descubrir a algunos normandos, que todavía lo desconocían, que, después de todo, contaban tal vez entre su ascendencia con un prestigioso antepasado...

Sin embargo debemos lamentar que, en cada una de esas ocasiones, la ingratitud haya sido siempre puesta de manifiesto. ¿Cómo es posible imaginar que el nombre de Jean Lorrain nunca haya figurado al lado del de Guy de Maupassant? Dos hombres que estaban destinados a reunirse, comenzando por su lugar de nacimiento...

Lorrain, a pesar de los recientes esfuerzos que acaban de ser acometidos en aras a su rehabilitación<sup>1</sup>, permanece todavía hoy prácticamente en el olvido; e incluso los fecampeses, al oír su nombre, indican inmediatamente una calle, una escuela. ¿Quién sabe que pasó una gran parte de su infancia en unos apartamentos que son hoy viviendas proporcionadas por la administración a los profesores? La propia ciudad no trabaja realmente a favor del escritor, que sin embargo ha visto sus restos mortales transferidos recientemente al nuevo cementerio fecampés, pero después de cuantos años de olvido y de abandono bajo montones de zarzas y ramajes. La salvación vendrá, como otras tantas veces, de la universidad, muy especialmente bajo la influencia del Señor de Palacio, quién tuvo la audacia de inscribir las obras de Lorrain en el programa de sus seminarios. Pueden sus colegas de Rouen seguir su ejemplo y permitir así al escritor, reivindicado hoy muy especialmente desde medios homosexuales de la capital, acceder al purgatorio en la misma región que le vio nacer y donde descansa a partir de ahora al lado de su madre, Normandía.

El 9 de agosto de 1855, a las siete de la tarde, nace Martin-Paul-Alexandre Duval, en Fécamp, en la calle Sous le Bois<sup>2</sup>. No es mi intención en absoluto avivar disputas de las que se preocupan pretendidos letrados y cuya inanidad es evidente. Sin embargo, motivado por algún espíritu polemista, semejante al del propio Lorrain, añadiré con mucho gusto que cinco años antes había nacido, en una casa vecina, un tal Guy de Maupassant.

Sea como sea, aquellos que se consideren en posesión de pruebas formales relativas al nacimiento de Maupassant en el castillo de Miromesnil, reconocen, a pesar de toda su buena o mala intención, que la familia Le Poittevin, en los años 1850, poseía una hermosa vivienda en Fécamp, en la calle Sous le Bois<sup>3</sup>. Edificación anexa a la de los Duval. Inevitablemente, los niños van a encontrarse, tanto o más ya que Le Poittevin y Duval tienen, en Fécamp, un alto prestigio social; a menudo Paul se deja caer en la

casa vecina para reunirse con Hervé que tiene su misma edad<sup>4</sup>. A veces el hermano mayor se une a sus juegos, provocando el terror de los dos pobres chiquillos:

“Fue sobre todo a Hervé de Maupassant a quién conocí – el hermano de Guy. Fue mi amigo de infancia en la pequeña ciudad normanda en la que su abuela, la Señora Lepoittevin (*sic*) (un apellido citado en la correspondencia de Flaubert) vivía todo el año en la vivienda contigua a mi casa. Con frecuencia iba a jugar con Hervé, que tenía dos años más que yo, y cuando Guy, su hermano mayor, irrumpía en nuestros juegos, era para aterrorizarnos, atrayéndonos hacia lugares y habitaciones deshabitadas y apenas sin muebles que siempre permanecían cerradas. Allí, completamente envuelto en sábanas, se divertía con nuestros gritos de pánico y nuestras desesperadas huidas ante sus bruscas apariciones fantasmales – el gusto por el terror y la perversidad del pavor en el que se iniciaba, quizás fuesen el germen de *El Horla*”<sup>5</sup>

A los diez años el pequeño Paul es enviado al Instituto del principio imperial en Vanves, para proseguir allí sus estudios; siempre que puede regresa a Fécamp para saborear, junto a su querida madre, la tranquilidad de la vida de provincias. Aprovecha para pasear ampliamente por la ciudad y observar, aquí, atentamente la playa en la que el estrépito de las rocas golpeadas por las olas llega incluso a oírse en su habitación, allí la gente que huele a paja seca y a aguardiente de manzanas. A menudo se dedica a dar interminables paseos por el puerto, donde es conocido y apreciado por todos. A veces, en el transcurso de sus peregrinaciones, se cruza, en la esquina de una calle, tanto con Hervé como con Guy, que, en Etretat, algunos años antes, almacenará también muchos recuerdos que iban a resurgir casi espontáneamente a lo largo de su obra.

Ya adolescente, Paul, en el Casino, asiste por las noches a las operetas, de cuya aristocracia se muestra un apasionado, acumulando sobre la sociedad unas impresiones y sensaciones que lo conducirán a debutar en la literatura mediante unos estrepitosos fracasos, pero al menos desprovistos de banalidad.

Cuando cumple el servicio militar en el segundo regimiento de Húsares en Saint-Germain, Paul vuelve a encontrarse con su amigo de la infancia:

“Volví a encontrarme con Hervé en el regimiento, jinete como yo en Saint Germain. Tenía, al igual que su hermano, afición por los ejercicios físicos. Bastante buen espadachín, desafiaba, en las contiendas, a otros jinetes cuya envergadura física le parecía imponente, incluso les pagaba para medirse con ellos, y continuaba de este modo, en el regimiento, las proezas a las cuales ya me había acostumbrado en Fécamp – donde pasaba sus domingos, en el almacén de un vendedor de maderas, luchando con los pilluelos del puerto. Guy, prefería el remo. Ya en plena actividad literaria y social, no lo volví a encontrar más que en casa de la Sra. Commanville, la sobrina de Gustave Flaubert, y ya comenzaba a dejar de asistir a ese salón atraído como estaba por los salones principescos y el lujo del barrio Saint Honoré donde Paul Bourget y él eran unos apasionados de la alta sociedad judía”<sup>6</sup>

En 1885 aparece *Los Lépillier*<sup>7</sup>, novela de inspiración totalmente fecampista, en la que toda una parte de la burguesía local, que no puede dejar de reconocerse, es ridiculizada. La publicación de la obra tiene como consecuencia dejar desierto en santiamén el salón que en Fécamp regentaba la señora Duval. Como revancha, ella permite a su autor abrazar de un modo brillante la carrera novelesca.

## Los comienzos de la disputa

Pasando el verano en Fécamp para tranquilizar a su madre, preocupada por los tumultuosos inicios literarios de su hijo, conocido a partir de ese momento en literatura como Jean Lorrain<sup>8</sup>, Paul asiste, con mirada viva y modales socarrones a una aventura de la que no pierde la menor peripecia. No lejos de allí, a la entrada de Sport, una dama muy hermosa y rica, la condesa Potocka, poseé en alquiler una suntuosa residencia de estilo árabe, la villa morisca. Ésta, a quién la soledad pesa enormemente, es reputada por hacer sudar la gota gorda a sus amantes, tanto ofreciéndose perdidamente como rechazándolos con obstinación. Maupassant, quién en esa época ya está precedido por una sólida reputación de don Juan, se dedica al asalto de la condesa. Pero su intento no fructifica tan fácilmente como podría parecer...

Un año más tarde, Lorrain publica *Très Russe*<sup>9</sup>. En esta ocasión no trata de ocultar en absoluto a quién van dirigidos sus ataques, a Maupassant, al que no respeta demasiado a lo largo de toda la novela. La intriga encuentra evidentemente su origen en los acontecimientos del año anterior. Dos hombres cortejan a una misma mujer, que alquila una villa en Sport. Ella es esclava y se muestra en ocasiones tan casta como en otras terriblemente apasionada. Uno de ellos, convencido de su superioridad, se pavonea sin cesar ante ella. La dama acaba, al final de la novela, por concederle una cita nocturna en su hermosa propiedad; el hombre, demasiado seguro de sí mismo, se encuentra triunfante, ignorando que la mujer se hará sustituir por su criada.

La primera aparición de Beaufrilan – el alter ego de *Maupassant* – no deja lugar a dudas en cuanto a las intenciones de Lorrain. Se dedica a ridiculizar a aquél cuyo nombre está en todas las bocas de los salones parisinos, con una terrible causticidad:

“Está medio endiosado; [...] Se arrulla y pavonea, riza sus bigotes, juega con sus anillos, cruza sus piernas, que tiene poderosas, y extiende un pie pequeño; cuenta hechos diversos y anécdotas, mentiras e infamias, ameniza el ambiente con palabras a veinticinco céntimos la línea, hunde a sus enemigos, vilipendia a sus amigos, compromete a los demás, habla de su crónica, vive su artículo y, radiante de su persona, sonrío a los ángeles y a si mismo. [...] tiene todo un pasado de viejas amantes histéricas, marisabidillas de alcoba, prendadas del hermoso macho, de lo que él se jacta, para justificar sus éxitos futuros; es el semental modelo, literario y estético de la gran cuadra de Flaubert, Zola y Cía, vencedor en todas las carreras de Cítara, incluso premiado en Lesbos, corriendo fuera de concurso”<sup>10</sup>.

El ataque es directo, conciso e, incluso aunque Lorrain se defiende, muy preciso. Maupassant es personalmente señalado por sus críticos y se considera víctima de un hábil y astuto proceso amoroso, que acaba por ridiculizarlo al final de la novela.

El autor de la *Maison Tellier*<sup>11</sup> no puede permanecer indiferente a la lectura de *Très Russe*<sup>12</sup>. El 23 de mayo envía sus testigos a los de Lorrain y se acuerda la pistola como arma del duelo. Lorrain renuncia de pronto y escribe a su colega una amplia carta en la que confiesa su asombro, añadiendo que, en ningún caso, éste era el objeto de sus ataques. Maupassant, aunque no se deja engañar por esa evasiva, consiente en renunciar al duelo.

Al día siguiente, Lorrain dirige otra carta a los testigos de Maupassant para intentar demostrarles su buena fe en tales circunstancias; al igual que había hecho la víspera, expresa de nuevo su sorpresa y confiesa no entender la actitud de su colega:

“Ustedes se han presentado ayer en mi casa, en representación del Sr. De Maupassant en relación a un personaje de mi última novela *Très Russe*, en la que el señor de Maupassant se habría creído retratado o más bien se habría visto reconocido para algunos de sus amigos. Yo no tengo que enseñar al autor de *Bel-Ami* como se compone un personaje novelesco, es decir de rasgos tomados por aquí y por allá y pudiendo siempre encontrarse en uno mismo por aplicación esto y lo otro. Acabo de volver a leer el párrafo que ha suscitado las susceptibilidades del señor de Maupassant y no encuentro allí ninguna aplicación que le sea más personal que a cualquier otro. Incluso estoy sorprendido de tener que decir que si hubiese querido hacer el retrato de Maupassant hubiese empleado otros colores distintos a los que he utilizado para pintar a Beaufrilan.

En estas condiciones no tengo ninguna dificultad en escribir que no he querido ver allí al Sr. de Maupassant y les añado, caballeros, la seguridad de mi consideración más distinguida”<sup>13</sup>

Nadie se ha dejado engañar, y hoy se sabe que si Lorrain renunció al duelo, fue porque conocía en profundidad las cualidades de Maupassant como tirador.

Edmond de Goncourt es testigo privilegiado, en esa época, de la disputa entre ambos hombres:

“Estaba leyendo *La Petite Roque*, cuando llegó Lorrain que me trajo un ejemplar en papel holandés de *Très Russe*. Necesariamente inicié una conversación sobre Maupassant que interrumpió Lorrain diciendo: “Perdón, estoy mal con él, vengo de salir de un asunto que acaba de ser arreglado... En Floemray, no he querido hacerlo, este es un personaje fabricado con unas rasgos de varios individuos, como el personaje de *Bel-Ami*”.

Por la noche, cenando con Maupassant en casa de la princesa, me dijo que no había venido el domingo, porque estuvo toda la jornada conciliándose con unos testigos... que quería batirse a pistola, seriamente. Y añadió que la frase:... de las cuadras de Flaubert, Zola, lo señalaba absolutamente y que, por lo demás, él sabía de mujeres que se lo habían oído decir, que era de él, de quien Lorrain había declarado haber hecho el retrato. “¡Finalmente ha preferido escribirme!” exclamó Maupassant con un cierto desprecio airado.”<sup>14</sup>

Para intentar acreditar sus afirmaciones, Lorrain, dos meses después, escribe a su amigo Oscar Méténier:

“[...] Si quieres proporcionarme el gran placer de venir a verme aquí, en agosto, hacia el 15 o el 20, estaré muy feliz recibéndote. Verás a Bouffart, al que conoces, e iremos a Étretat, a saludar al Joven Maestro de Maupassant, al que tú no conoces”<sup>15</sup>

Como si nada hubiese pasado algún tiempo atrás, dando la impresión de mantener con su rival unas relaciones muy cordiales. Sin embargo, todo esto no es más que apariencia, ya que Maupassant nunca perdonó completamente la afrenta. Lorrain, por su parte, estaba celoso del éxito del que gozaba Guy, y, cuanto más tiempo pasaba, mas crecía su amargura.

Convertido en cronista, Lorrain prosigue sus ataques

Haga lo que haga, diga lo que diga, pretenda lo que pretenda, la sombra de Maupassant planea sin cesar sobre su pensamiento; y así será casi hasta su muerte, como si aquél, que de niño le aterrorizaba, hubiese dejado grabado en su espíritu una impronta imborrable.

Al año siguiente, Lorrain hace sus primeros pinitos en *L'Évenement*, periódico republicano dirigido por Edmond Magnier; hasta 1890, va a tomar su pluma y forjarse allí una reputación de cronista sin parangón, cuyos ataques serán muy temidos, donde Maupassant, por supuesto, sea o no citado, está muy presente a lo largo de sus crónicas. Lorrain ya no se dedica a desacreditar tal o cual tesis y continua mostrándose muy severo respecto de su colega, como se comprueba el 10 de junio de 1887, en su crónica “Fleurs de pommier”:

“[...] sí, él conocía Normandía y sus idilios campestres que se cuentan por otros tantos bastardos, cinco o seis al menos en cada familia y las ensoñaciones de granjeros por las noches fraguándose en las jornadas de francachela mediante borracheras de animal en las casas de putas de la ciudad, toda esa humanidad sucia que desconoce el uso de la esponja y del aseo, con la sangre quemada por el alcohol y el ioduro, la Normandía de Maupassant y de Gustave Flaubert, los feroces aldeanos de *Madame Bovary* y de *La maison Tellier*.”<sup>16</sup>

Transcurre poco menos de un año antes de que se muestre mucho más agresivo. En esta ocasión, no puede disimular sus celos de Maupassant. Pretendiendo hacer una valoración sobre algunos literatos de actualidad, pone la ironía al servicio de un estilo incisivo para redactar su crónica, cuyo título, de por sí, ya es una ofensa, “Los viejos acantilados”<sup>17</sup>; Maupassant, por supuesto, no sale muy bien parado:

“[...] como un acantilado normando, el Señor Guy de Maupassant, el gran hombre de Étretat, se denuncia a si mismo, aunque, en su última novela *Pierre et Jean*, se haya mostrado visiblemente empapado de *André Cornélis*, y que, por un error geográfico permitido en literatura, haya visto reflejado su viejo cabo de Antibes en el lago de Bourget!”<sup>18</sup>

Muy pródigo en retruécanos, incluso añade lo siguiente, concluyendo su crónica y por fidelidad a esa locución latina que a partir de ahora hará suya, “in cauda venenum”:

“ Si yo tuviese la mala sarna de lo que uno quiere decir, después de haber esbozado algunos de esos acantilados artísticos y literarios, ahora indicaría los bancos de ostras, que dormitan a su sombra, y dibujaría al extremo de mi pluma unos clanes de beatíficas admiradoras, salones mundanos o semi mundanos, que se agrupan alrededor de cada uno de esos autores; [...] Pero, francamente, ostras de Cancale o percebes de Normandía, hace ya tiempo, a la hora en la que seas líneas aparecieron, se las habrán cenado los asiduos de la Opera; a esta hora [...] los viejos acantilados deambulan esta noche en la Opera, yaciendo ahora derrumbados sobre sus cimientos aniquilados.”<sup>19</sup>

En otros momentos, Maupassant no solamente es él único colega al que Lorrain vapulea por celos; testimonio de ello es esta crónica de *l'Evenement*, "París aux champs", que el lector, si no conociese al autor, podría atribuir perfectamente a Maupassant.

"Hace veinte años, un hombre de aspecto extraño iba una bella mañana a instalarse en Étretat, una sencilla aldea de pescadores [...] Ningún cambio fue operado por el nuevo propietario, el exterior de la choza permaneció igual.... Solamente en el interior fue, según parece, un despliegue de muebles y de colgaduras inquietantes y bizarras, un lujo rayano en la brujería o incluso en la pura histeria. No se hablaba de otra cosa después de las furtivas miradas que eran prodigadas por las ventanas abiertas, pues nadie en la comarca, ni incluso los proveedores, penetraban en Dolmancé; [...] Sin embargo a veces se dejaban ver dos seres, dos seres de ensueño, tan misteriosos al menos como su dueño, un niño y una mona."<sup>20</sup>

Ocho años más tarde, con la aparición de los *Contes d'un buveur d'éther*<sup>21</sup>, Lorrain vuelve a tomar este texto en toda su exhaustividad; recuerda como dos gotas de agua a la crónica "L'Anglais d'Étretat" que entrega Maupassant al *Gaulois* el 29 de noviembre de 1882, para relatar su encuentro con el poeta inglés Swinburne. En tal circunstancia, la intención de Lorrain es simple: retoma el argumento de Maupassant para superarle añadiendo su toque personal. Así, el mono se convierte en "una gesticulante y melindrosa mona, casi femenina de actitud y de coqueterías, casi humana de fealdad y siempre acurrucada en el claro oscuro de las suntuosas estancias en alguna pose de muchacha enamorada"<sup>22</sup> y el criado negro se trasforma en un niño, "una maravilla de beldad, un auténtico paje de Memling, de catorce o quince años a lo sumo"<sup>23</sup>.

### **De una casa a otra...**

En 1904, diez años después de que Maupassant hubiese muerto, y que la enemistad entre los dos hombres ya no tenía razón de ser, Lorrain procede del mismo modo cuando escribe *La Maison Philibert*<sup>24</sup>.

Pero retornemos brevemente hacia la adolescencia de los dos escritores, y más concretamente recordemos los domicilios familiares donde ambos residían regularmente. Estaban ubicados en la calle Sous-le-bois; asomándose a la ventana, se observaba, al otro lado del estanque de la Retenue, un gran edificio de aspecto señorial, cuya enseña de color rojo daba fe de la hospitalidad del lugar<sup>25</sup>.

De hecho albergaba una de las casas de putas más afamadas de la Alta Normandía, conocida incluso más allá de la región, muy frecuentada por marineros, comerciantes y grandes burgueses que tenían acceso al piso. Maupassant, con motivo de sus numerosas estancias en Fecamp, acudió a ese establecimiento y Lorrain, antes de volverse hacia las angustias de la homosexualidad derivadas de la gran pena del fracaso del amor de su vida con Judith Gautier, no habría sido insensible a los encantos de las pensionistas que incluso se enorgullecerían, con algunos años de diferencia, de haber frecuentado a tan prestigiosos clientes.

Maupassant no puede negar su inspiración:

“La casa era familiar, muy pequeña, pintada de amarillo, en la rinconada de una calle detrás de la iglesia de San Esteban; y por las ventanas se divisaba la dársena, llena de navíos que descargaban; la gran salina, llamada «el Embalse», y, detrás, la cuesta de la Virgen, con su vieja capilla gris.”<sup>26</sup>

En lo que concierne a Lorrain, no es posible mostrarse tan categórico; sin embargo, leyendo su texto, uno no puede dejar de observar algunos detalles que tienden a probar que la atmósfera y los ambientes de su novela no son solamente productos aislados de su imaginación. ¿El local no está situado en el campo? ¿A dos horas de París? ¿La pareja Philibert no asume las actitudes y costumbres propias de los normandos?

Sea como sea, veintitrés años después de la aparición de *la Maison Tellier*<sup>27</sup>, Lorrain trata de responder a Maupassant. No le interesa restituir en su obra esa atmósfera propia de la región de Caux y necesita superar el umbral de una banal intriga. Se propone pues un cuadro bastante exhaustivo de ese pequeño mundo que gravita en la sombra de la prostitución y que tan bien conoce por haberlo frecuentado con regularidad en los años 1900. Aparte de las inevitables prostitutas que, al contrario de las de Maupassant, no se satisfacen en absoluto con la suerte que el destino les ha deparado, descubrimos una media mundana, Ludine de Neurflize – alias Liane de Pougy – muy interesada por las muchachas; su amigo de costumbre inciertas, le Môme l’Affreux; unas putas de salas y de barrios; criados cantantes, asesinos. Lorrain se propone de hecho ofrecer al lector un gran reportaje sobre la prostitución del momento, esperando que su obra subsista al lado de la de su colega mayor.

### **Y de pronto... el olvido**

Por desgracia su obra está hoy casi completamente olvidada y hay que culpar por ello a una cierta iniquidad; pues, como confía Philippe Jullian, la novela de Lorrain fue el prolegómeno de toda una producción literaria consagrada a los ambientes sórdidos:

“*Buba de Montparnasse* de Charles-Louis Philippe le debe algo, *Jésus la Caille*<sup>28</sup> de Carco, mucho. Ese libro tan divertido de Galtier-Boissière: *La Bonne Vie*, es un remedo veinticinco años más tarde. *Hotel du Nord* (pero más la película de Carné que el libro de Dabit, y eso gracias a Arletty) es también consecuencia de *La Maison Philibert* y todos los capítulos de *Querelle de Brest*, de Genet, que suceden en la casa de putas.”<sup>29</sup>

Podemos en justicia lamentar que Lorrain no haya escapado a su tiempo. Si no existiese desde hace algunos años en París, un entusiasmo por los literatos homosexuales, tal vez el escritor fecampés permanecería hoy completamente en el olvido. Sin embargo, bien por sus textos, y más especialmente por sus crónicas, sus succulentos “Pall-Mall”, que mucho han puesto de relieve para presentarlo como el Tallemant des Réaxus, el Saint-Simon del siglo XIX, merecerían una evidente rehabilitación. Lorrain tuvo la única desgracia de haber nacido en Fécamp cinco años después de Maupassant; por lo que dejar un nombre para la posteridad subía entonces la apuesta. Adversarios desde la infancia, los dos hombres la mantuvieron hasta la muerte del más joven; pero nunca hubo rivalidad póstuma puesto que, poco a poco, la obra de Lorrain interesó cada vez menos a lectores y editores. Y tan pronto como su hagiógrafo,

Georges Normandy, se apagó a su vez, enseguida se dejó de saber quién era el autor de ese libro extraño, *Monsieur de Phocas*<sup>30</sup>. Sin embargo, incluso si las depravaciones del hombre todavía pueden repeler hoy a algunos puritanos, el escritor merece ampliamente una justa rehabilitación, que desde luego no lo conducirá nunca al éxito que conoce hoy Maupassant, pero que podrá sin embargo permitir a Normandía tenerlo como un valor incuestionable de su patrimonio literario. Mientras tanto, evocaremos ese bello juicio de René Boylesve:

“Mi admiración era más antigua que mi amistad. Es uno de los raros hombres de los que he hablado siempre, encontrase donde me encontrase, y siempre bien. Creo haber disfrutado de toda su sensibilidad, de su sentido tan fino, tan preciso, de su intuición maravillosa de todo arte. Era auténtico y, así lo creo, él único heredero de los Goncourt, pero nadie ha sido tan original como él. Lo amaba hasta en sus excesos; no hay nada que no le hubiese perdonado pues, en todo lo que ha escrito o dicho, puso no sé que grandeza, y la desenvoltura verdaderamente elegante de un genio ebrio de libertad.”<sup>31</sup>

© Thierry RODANGE. Artículo extraído de *Maupassant du réel au fantastique*. Etudes Normandes. Número 2 – 1994. p. 139-149.

Traducción: José M. Ramos González para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

## NOTAS

---

<sup>1</sup> La *Revue des sciences humaines* le dedica en su totalidad su número 230; Michel Desbruères lo publica en las ediciones Christian Pirot y Jean de Palacio inaugura con dos de sus textos la nueva colección de la editorial Seguiré, “Bibliothèque decadente”.

<sup>2</sup> Hoy avenida Guy de Maupassant. La casa natal de Lorrain se encontraba en el número 108; hoy es la escuela Jean Lorrain en el patio de la cual se encuentra el monumento del escritor.

<sup>3</sup> Algunos que quieren, no se sabe por qué, probar que Maupassant no estuvo nunca allí, llegan incluso a afirmar que la familia alquilaba la casa en su totalidad y por tanto no residía en ella.

<sup>4</sup> Había nacido en 1856.

<sup>5</sup> Citado por Georges Normando en el prólogo a la reedición de *Villa mauresque*, Le livre moderne illustré, París 1932, p. 8.

<sup>6</sup> *Ibid*, p. 8-9.

<sup>7</sup> Editorial Giraud, Paris.

<sup>8</sup> La Señora Duval, que ejercía una enorme influencia en el niño, eligió ella misma el seudónimo de su hijo, abriendo al azar el diccionario. Lorrain fue la primera palabra que ella leyó; vapuleados por la incisiva y panfletaria pluma del brillante polemista que fue, sus colegas confesaron que ella hubiese tenido más acierto encontrándose con una palabra generalmente atribuida al General Cambonne.

<sup>9</sup> Siempre en la Editorial Giraud.

<sup>10</sup> *Très Russe*, p. 67-69, Editions H. Julia, Rouen 1986.

<sup>11</sup> Havard, 1881.

<sup>12</sup> *Op. cit. ed. Cit.*

<sup>13</sup> Carta autógrafa. Biblioteca municipal de Rouen.

<sup>14</sup> *Journal*, t. II, p. 1252-1253, R. Laffont, Paris 1989.

<sup>15</sup> *Correspondance*, p. 99, Editions Baudinière, Paris 1929

<sup>16</sup> *A boulets rouges*, p. 129, Editions H. Julia, Rouen 1985.



---

<sup>17</sup> Con fecha 13 de febrero de 1888.

<sup>18</sup> Relacionado por P.L. Gauthier en *Un second oratoire. Chroniques retrouvées*, p. 114, Jobard, Dijon 1935.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> *A boulets rouges*, p. 261-262, *ed. Cit.*

<sup>21</sup> Formaba parte de *Sensations et souvenirs*, Charpentier et Fasquelle, Paris.

<sup>22</sup> *A boulets rouges*, p. 262, *ed. Cit.*

<sup>23</sup> *Ibid.* p. 263

<sup>24</sup> Librairie Universelle, Paris.

<sup>25</sup> Este domicilio, que no parece haber sufrido la degradación por el paso del tiempo en un siglo, alberga hoy la Caja de Ahorros de Fécamp.

<sup>26</sup> *La Maison Tellier* aparecida en *Boule de suif et autres contes normands*, p. 46. Garnier, Paris 1983.

<sup>27</sup> Editorial Havard.

<sup>28</sup> Publicada en España bajo el título *Jesús el Palomo*. Editorial Cabaret Voltaire. Barcelona 2007. Traducción, introducción y notas de Lola Bermudez Medina y Lydia Vázquez Jiménez [ Nota del T.]

<sup>29</sup> *Jean Lorrain ou le Satiricon 1900*, p. 121, Fayard, Paris 1974.

<sup>30</sup> Ollendorf, Paris 1901.

<sup>31</sup> Georges Normandy, *Jean Lorrain*, p. 187. Rasmussen, Paris 1927.